

De como estar sin dejar de ser. Notas acerca de competitividad, educación y cultura

Ernesto Ottone

Ernesto Ottone: Sociólogo, doctor en Ciencias Políticas; actualmente se desempeña como secretario de la CEPAL, Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Santiago de Chile.

Palabras clave: competitividad, educación, modernidad, ciudadanía, América Latina.

Resumen:

Las relaciones entre el proceso de globalización, que conlleva una agudización de los procesos de competitividad, la transformación educativa y las tensiones entre la identidad y la modernidad en América Latina deben ser analizadas. La competitividad, como escenario en el cual se desenvolverán los países de la región al entrar al siglo XXI, posee un carácter obligatorio y no opcional; sin embargo, el «ser competitivos» no es de naturaleza unívoca. La transformación educativa es central para la generación de una auténtica competitividad. Estos procesos se vinculan con el debate sobre la relación entre la aspiración de competitividad y el surgimiento de una moderna ciudadanía como componente de una perspectiva crítica de la modernidad.

Desde los últimos años somos testigos de un acelerado proceso de globalización de la economía que tiene como sustento un vertiginoso ritmo de desarrollo del conocimiento científico-tecnológico de las comunicaciones, la microelectrónica, la biotecnología y la creación de nuevos materiales. Este proceso ha generado un escenario de fuerte competitividad en la cual se perfilan la posesión de la información, el conocimiento y el desarrollo de la innovación como los factores determinantes para desarrollarse con éxito.

Globalización y competitividad

Tal exacerbación de la competitividad tiene múltiples efectos, tanto positivos como negativos. Es así como ha permitido a los países alcanzar en pocos años niveles muy importantes de crecimiento, que en muchos de ellos se ha traducido también en mayores niveles de equidad y disminución de la pobreza, como es el caso sobre todo de los países recientemente industrializados del Asia. Sin embargo, en las regiones en desarrollo que no han sido capaces de

abordar con éxito estos desafíos como es el caso de Africa, se han producido retrocesos con terribles efectos sociales.

En los países desarrollados, particularmente europeos, el proceso de adaptación al nuevo escenario ha provocado fuertes cambios en sus economías, dentro de un panorama en el que no han estado ausentes muy fuertes tensiones en el ámbito social y numerosas interrogantes sobre el futuro.

La aceleración de la competitividad ha generado entonces, en esta post-Guerra Fría, un mundo más desordenado donde las fronteras entre el Norte y el Sur pierden linealidad y significado; donde conquistas de tipo civilizatorio que parecían adquiridas para siempre, como por ejemplo el Estado de Bienestar, parecen sujetas a revisión; donde se producen fuertes asimetrías entre potencias político-militares y potencias económicas; donde la generación de un único espacio económico global no impide enormes fragmentaciones dejando a millones de personas «fuera del mundo».

No obstante, este es el escenario con que entraremos al siglo XXI: estar en el mundo será, para bien o para mal, ser competitivos y –más que eso– ser «auténticamente» competitivos.

A fines de los años 80, el recordado economista Fernando Fajnzylber acuñó la distinción entre una competitividad espuria, es decir, basada en la ventaja que generan en el comercio internacional las bajas remuneraciones y el uso destructivo de los recursos naturales, y una competitividad auténtica basada en la incorporación del progreso técnico y la correspondiente elevación en la productividad y en las remuneraciones.

Si bien los factores «espurios» jugaron y aún juegan un papel no desdeñable en muchos procesos de inserción competitiva, la sustentabilidad en el tiempo de esos procesos está siendo cada vez más determinada por su capacidad de adaptación a la demanda internacional, y por la progresiva agregación del progreso técnico a las exportaciones de los países que han consolidado inserciones internacionales exitosas.

Existe consenso sobre el hecho de que la capacidad de competencia en los mercados internacionales depende cada vez más del talento, a nivel empresarial y nacional, para difundir el progreso técnico e incorporarlo al sistema productivo de bienes y servicios. Esto se refleja en el aumento de los recursos destinados a investigación y desarrollo en los países industrializados y en otros de industrialización tardía que se integran a los mercados internacionales. La acumulación de conocimientos técnicos implica una complementación entre creación de conocimiento, innovación y difusión¹.

¹ CEPAL/Oficina Regional de Educación de la UNESCO para América Latina y el Caribe: *Educación y conocimiento: eje de la transformación productiva con equidad*, Santiago de Chile, 1993.

La creciente importancia del diseño, unida a la automatización de la producción, la distribución y la comercialización, erosionan rápidamente la presunta ventaja comparativa sustentada en la disponibilidad de mano de obra barata. Los factores competitivos cada vez más importantes son ahora la calidad, la rapidez, la confiabilidad de la entrega y la capacidad para ampliar la gama de bienes y servicios requeridos por los consumidores de los países industrializados.

La competitividad auténtica apunta por tanto a la idea de generar y expandir las capacidades endógenas necesarias para sostener el crecimiento económico y el desarrollo nacional dentro de un cuadro de creciente globalización e internacionalización. Entre esas capacidades, los recursos humanos calificados, así como el conjunto de las instituciones formativas y de producción y aplicación de conocimientos, son su componente más significativo. De allí la estrecha relación entre competitividad, educación, capacitación y ciencia y tecnología.

En consecuencia, la competitividad de las naciones tiene que ver sobre todo con la construcción y el perfeccionamiento de sus capacidades. Pero supone, si quiere prolongarse en el tiempo, una efectiva integración y cohesión social que permita aprovechar esas capacidades en función de una exitosa inserción internacional. Su meta final es lograr un nivel de vida más alto para los ciudadanos.

América Latina: el esfuerzo realizado y las tareas pendientes

La magnitud de los referidos cambios afectó severamente a América Latina, que los percibió y procesó con retraso; ello explica la extrema vulnerabilidad de la región durante la crisis de los 80, cuando colapsa el financiamiento externo y se estremecen las economías de la gran mayoría de nuestros países, debiendo reorientar su estrategia de desarrollo en el marco de un rudo e inevitable ajuste con altísimo costo social.

El tremendo esfuerzo realizado ha tenido resultados ambiguos y diferenciados, con avances y rezagos. Sin duda se ha avanzado en el logro de una recuperación económica moderada, de una creciente estabilidad financiera, una gradual diversificación y modernización de los sistemas productivos, una mejor gestión macroeconómica y un leve aumento del ahorro y la inversión, basado en parte en una considerable afluencia de recursos externos. Todos estos avances se dieron en el marco de una creciente democratización de los sistemas políticos y un marcado incremento de la interdependencia de los países de la región, impulsado por una nueva generación de acuerdos formales de integración. En cambio los avances son mucho menores en el terreno de la equidad y la disminución de la pobreza. El ritmo y las características del crecimiento económico actual continúa generando un menor número de empleos productivos que el requerido, continúa existiendo una marcada

desigualdad en la distribución del ingreso y el ritmo de disminución de la pobreza es lento e irregular.

Por todo ello es posible concluir que pese a los esfuerzos realizados para superar la situación de inequidad social en materia de impulso y reconversión de las políticas sociales, de reformas en el campo educativo, de la salud y la seguridad social, nos encontramos ante una situación persistente de rezago social que cuestiona la sustentabilidad del proceso de desarrollo y obstaculiza la densidad democrática y ciudadana en la región.

Estamos entonces frente a una realidad compuesta; si bien la región ha superado los rasgos más graves de la crisis de los 80 y no se encuentra ni descolgada de la economía global ni es el «último de la clase», tampoco está entre los primeros: sus resultados son más medianos que buenos y los elementos de dinamismo económico con base en la incorporación de progreso técnico, de equidad y sustentabilidad y solidez democrática que conllevaría una capacidad de «competitividad auténtica», se encuentran todavía muy distantes.

La apuesta educativa

Cada vez existe más coincidencia en los análisis cuando señalan que para incrementar su competitividad, el mayor desafío que enfrentan las naciones es la transformación de la calidad educacional. Es abundante la evidencia de una alta correlación entre el esfuerzo educativo y la capacidad de conjurar los peligros más graves de desigualdad y exclusión, y de producir avances históricamente acelerados en términos de un desarrollo equitativo, tal como aparece en las experiencias recientes de los nuevos países industrializados del sudeste asiático.

Sin embargo –y paradójicamente– en términos generales hay igual consenso en señalar que los sistemas educacionales presentan un fuerte desfase entre las esperanzas depositadas en ellos y su realidad. Aparecen como hijos de la sociedad industrial que está en rápida erosión, con estructuras y orientaciones más ligadas al siglo XIX que al siglo XXI.

La eficacia de los sistemas educacionales comenzó a restringirse en la medida en que el paradigma productivo de la sociedad cambió y pasó a tener nuevos requerimientos. Tal pérdida de eficacia se expresa en el tema de la calidad educacional, donde recientes investigaciones exhiben, en las sociedades más desarrolladas, nuevas formas de iletrismo y un manejo insuficiente de códigos básicos de habilidades; una escasa capacidad de comprensión de jóvenes que han pasado 12 o más años por la escuela; una notable falta de preparación para acceder al mercado del trabajo; una notoria falta de respuesta a sus demandas y una inversión de la capacidad integradora de los sistemas educacionales, que presentan una tendencia cada vez más segmentadora, reproduciendo y aumentando las desigualdades.

América Latina no escapa a estos problemas, pese a los notables esfuerzos realizados desde la posguerra. Ellos se plasmaron en una fuerte reducción del analfabetismo absoluto, un espectacular progreso cuantitativo en la educación básica, cuya cobertura alcanza en la actualidad un promedio de 90% de los niños de la región, y un fuerte crecimiento también en la educación secundaria y superior.

Sin embargo, hoy en día a los problemas de cobertura que enfrenta un número de países menos desarrollados, se suman graves dificultades relativas a la calidad y a la pertinencia de la educación, la tasa de repitencia se encuentra entre las más altas del mundo, concentrándose en los primeros grados, y la mitad de los niños escolarizados abandona la escuela antes de finalizar la educación primaria. Las heterogeneidades tienden a hacerse más profundas como asimismo los desequilibrios urbano-rural. Todo ello hace que el sistema educativo pase a ser hoy más segmentador que integrador, que se aleje cada vez más de los requerimientos productivos y se vuelva cada vez más inadecuado frente a las demandas del mercado de trabajo.

Por ello la transformación educativa es visualizada como un tema clave para responder, por un lado, a los nuevos requerimientos de la sociedad del conocimiento, y por el otro para detener los procesos de desintegración social. Se trata entonces de generar una educación que prepare personas que vivirán en un proceso productivo cambiante, menos jerárquico y más basado en una organización de redes, con carreras que no serán lineales y cuyas fronteras no serán las de un país sino las del mundo, donde se requerirá más iniciativa que docilidad, más creatividad que orden. Estos requerimientos del nuevo proceso productivo se entrelazan con las virtudes ciudadanas de democracia y participación. Todo el esfuerzo de la transformación educativa para responder a un futuro que sea moderno, democrático y sustentable será el de no hacer de la competitividad sinónimo de barbarie y exclusión y de la solidaridad sinónimo de pasividad e ineficiencia.

Para que esta transformación educativa responda tanto a los objetivos de competitividad como de ciudadanía debe al menos responder a cuatro condicionantes básicas.

a) Debe tener una relación dura con la modernidad. En la actual sociedad del conocimiento, gran parte de la adquisición de información y de la comunicación transcurre fuera de cualquier estructura organizada o institucional, y por ende de la escuela; ella pasa a través de una inmersión creciente e inevitable en el mundo de las comunicaciones. Los medios de comunicación son realidades poderosísimas y de muy rápido desarrollo; la formación del imaginario colectivo, y de lo que la gente sabe, está fuertemente generado por ellos. Si el sistema educativo no se construye tomando en cuenta esta realidad para fortalecerse y desde allí desarrollar su función, tenderá a perder significación real y se devaluará aún más; las habilidades y los conocimientos tenderán a ser adquiridos por fuera de una manera

desordenada, generando más bien bárbaros con habilidades y conocimientos que ciudadanos educados.

El sistema educativo sólo puede adquirir la centralidad esperada si es capaz de asumir de manera acelerada las nuevas tecnologías, y usarlas para reforzar una propuesta fuerte en la entrega de habilidades y en la formación ciudadana.

Por lo tanto la transformación educativa pasa por una fuerte apertura del sistema educativo al mundo real, por la ruptura de su aislamiento, un salto en la puesta al día de su metodología para acompañarla a exigencias que planteen las transformaciones en el sistema productivo, en las comunicaciones y en la vida ciudadana, y por la pertinencia de su contenido en relación a las transformaciones del mundo del trabajo.

b) La educación debe tener una relación extremadamente sensible con la transformación productiva en curso. Cada vez existe una más amplia literatura dirigida a analizar el carácter no coyuntural del desempleo y su ligazón estructural con las transformaciones productivas vinculadas a los procesos de globalización y a la incesante generación de tecnologías nacidas de la revolución de la información.

Las cifras a nivel universal y particularmente en los países desarrollados parecieran dar razón a las versiones más pesimistas que consideran que la caída del empleo actual no tiene nada que ver con las oleadas precedentes en la historia; parece inútil esperar una recuperación de los empleos destruidos por la innovación tecnológica y los requerimientos de la competitividad global, a través de la generación de otros nuevos. En efecto, los empleos que se crean no responden a la magnitud de los que se cierran; aquéllos por su naturaleza no son para todos y las políticas de reciclaje y formación profesional no han estado por lo menos hasta ahora en condiciones de resolver el problema².

Aun cuando la versión pesimista deba ser morigerada a la luz de algunas experiencias parcialmente exitosas, estamos frente a un problema muy grueso, cuya solución no es estrictamente económica y que tiene impactos muy fuertes en el ámbito de la integración social y de los valores de nuestras sociedades. Una muestra de su profundidad está dada por el traslado de una reflexión acerca de soluciones tales como el tiempo compartido y la disminución del tiempo de trabajo desde el ámbito puramente académico al de la toma de decisiones³.

Por cierto que el problema tal como se presenta en los países desarrollados no es el problema de la región; sin embargo es bueno tener esa situación a la vista

² V. al respecto Jeremy Rifkin: «The end of work: the decline of the global labour force and the dawn of the post market era», Potnam's Sons, Nueva York, 1995.

³ Propuestas de este tipo fueron analizadas en la reciente reunión del G-7 en Lille, Francia, 1-2 de abril de 1996.

para pensar las acciones que en el nivel del sistema productivo y el sistema educativo puedan prevenir una situación similar.

El problema nuestro se centra más bien en que «el tipo de reestructuración productiva que siguió a los ajustes, los cambios de los precios relativos y la liberalización comercial no se ha traducido aún en la suficiente generación de puestos de trabajo ni en la disminución de las desigualdades. Tras haberse revertido (aunque no siempre superado) las caídas del empleo y la agudización de las desigualdades y la pobreza producidas durante la recesión y los ajustes, en la actual fase de crecimiento los empleos de buena calidad han aumentado en forma muy lenta y las remuneraciones relativas a los trabajos de diferente calificación han tendido a distanciarse»⁴.

Tal distanciamiento se expresa en una alta y persistente concentración de la distribución del desempleo en los deciles de menores ingresos. En algunos países en el decil de los más pobres la tasa de desempleo es 4 veces superior a la tasa promedio y es poco afectada por las fluctuaciones del desempleo total. Si a esto sumamos que en el 20% correspondiente a los hogares de más altos ingresos el nivel de desempleo es muy bajo y no varía de acuerdo a la tasa global, aparece evidente que el dinamismo económico y la difusión del progreso técnico tiene repercusiones importantes para el empleo en un grupo reducido de deciles⁵. Estamos entonces ante la necesidad de introducir modificaciones en el proceso de desarrollo actual, que de una parte consoliden los avances, de otra dinamicen mucho más el crecimiento, y que sobre todo levanten las barreras que minimizan la difusión social de sus beneficios.

Si pese a todos los problemas que tiene el actual sistema educativo, este continúa siendo un factor determinante para la obtención de empleo y movilidad social, resulta fundamental estudiar todas las interacciones posibles entre una educación renovada y un estilo de crecimiento capaz de generar los empleos productivos necesarios, que permitan sociedades más equitativas e integradas.

La rentabilidad de la inversión educativa ha sido probada ampliamente, como también sus efectos en relación con la equidad. Es así como se ha demostrado que «existe una relación fuerte y directa entre más y mejor educación y la reducción de la pobreza», definiéndose «como indicador de la relación entre educación y bienestar social el número de años requeridos para contar con 90% o más de probabilidades de no caer en la pobreza», señalándose que «para el caso de la región en las áreas urbanas este indicador alcanza 10 a 12 años de estudio y cada vez más, el ciclo medio completo»⁶.

⁴ CEPAL: «Fortalecer el desarrollo: interacciones entre macro y microeconomía», Santiago, 3/1996.

⁵ CEPAL: Panorama Social de América Latina, 1995, Santiago, 1995.

⁶ CEPAL: «Rol estratégico de la educación media para el bienestar y la equidad», Santiago, 4/1996, p. 10.

Una profunda reforma de la educación que tenga muy en vista los cambios en el mercado de trabajo, que incorpore en su diseño al sector empresarial, que se relacione a políticas dirigidas al aumento de la productividad y la difusión del progreso técnico, puede ampliar su rol de canal de movilidad teniendo efectos simultáneos hacia la equidad y la competitividad, contribuyendo al crecimiento de las ocupaciones que producen mayores ingresos y expandiendo las posibilidades de acceso a ellos a través del mérito, revalorando la credencial educativa, rompiendo la actual segmentación, contrarrestando en definitiva las actuales tendencias concentradoras del desarrollo.

c) **Debe abordar de manera simultánea los objetivos de modernidad y ciudadanía.** Un sistema educativo que se plantee como objetivo educar para la modernidad supone en primer lugar romper con un concepto reductivo de ella, que la identifica sólo con procesos de racionalidad instrumental, eficacia productiva y unificación por la vía del consumo. Si bien la racionalidad instrumental, la eficacia productiva, el progreso técnico y la capacidad de respuesta a las aspiraciones de consumo son elementos constitutivos de la modernidad, ellos no garantizan la vigencia de elementos valóricos tales como los derechos humanos, la democracia, la solidaridad y cohesión social, la sustentabilidad y la afirmación de memorias y proyectos históricos.

Una visión crítica de la modernidad⁷ implica romper con la oposición entre racionalización y subjetividad y entre tradición y progreso, e implica la búsqueda de sus complementariedades e interacciones. Trata de atrapar a la vez la pertenencia a un mismo mundo y la fragmentación y ruptura que nos presenta el mundo actual. Esta visión de la modernidad no la considera como un camino único, entiende que ese tránsito se puede hacer con «bagajes, proyectos y memorias» como lo señala Touraine⁸ y no es antagónico con la persistencia de la identidad cultural, entendiéndola naturalmente como una realidad dinámica capaz de re-significar endógenamente los cambios, trascendiendo las visiones defensivas que entienden la identidad cultural como una realidad inmodificable que sólo puede proyectarse como eterna repetición de un pasado válido para siempre.

En definitiva, una perspectiva crítica de la modernidad sin dejar de reconocer la importancia de la racionalización, busca subordinarla a los valores asociados a las democracias, la tolerancia, la libertad y la diversidad. A partir de esta consideración, lograr el acceso universal a los códigos de la modernidad supone, para el esfuerzo educativo, ser capaz de transmitir el conjunto de conocimientos y destrezas necesarias para participar en la vida pública y desenvolverse productivamente en la sociedad moderna. Poner el énfasis en la modernidad o en la ciudadanía dejan de ser opciones alternativas para el

⁷ V. al respecto Fernando Calderón, Martín Hopenhayn y Ernesto Ottone: *Esa esquivada modernidad: desarrollo, ciudadanía y cultura en América Latina y el Caribe*, Nueva Sociedad - UNESCO, Caracas, 1996.

⁸ Alain Touraine: *Critique de la Modernité*, Fayard, París, 1993.

proceso educativo, pues son aspectos complementarios de un mismo movimiento. Como bien señaló Fajnzylber, «No caben dudas de que existe una tensión entre moderna ciudadanía y competitividad. Pero pretender enfatizar la competitividad a expensas de la moderna ciudadanía es ostensiblemente arcaico, así como privilegiar la moderna ciudadanía haciendo abstracción de la competitividad resulta un poco cándido»⁹.

d) Debe implicar un alto nivel de consenso político en torno a la transformación educativa. Una transformación educativa que responda a las expectativas que se han cifrado en la educación como factor determinante de sociedades más justas y prósperas es un proceso de una dimensión tal que requiere, para convertirse en realidad, de una fortísima voluntad política. Por su dimensión no es una tarea que pueda hacerse en un marco de grandes disensos y conflictos ni responder a intereses parcializados. La transformación educativa requiere de un amplio consenso societal que cristalice en un consenso político.

Los tiempos de la transformación educativa son largos, tanto por el esfuerzo a realizar como por la espera de sus frutos; por ello normalmente no coinciden con los tiempos de la contingencia política y de los calendarios electorales. Se trata por lo tanto de alcanzar acuerdos nacionales capaces de atravesar cambios de gobierno y turbulencias del normal debate político. Como bien lo señala Tedesco, en su más reciente libro, «En una sociedad diferenciada y respetuosa de las diferencias, pero también cohesionada a partir del acuerdo sobre ciertas reglas de juego básicas, la concertación acerca de las estrategias educativas permite por un lado superar la concepción según la cual la educación es responsabilidad de un solo sector, y por otro garantizar un nivel adecuado de continuidad que exige la aplicación de estrategias de mediano y largo plazo»¹⁰.

Sin ello, la transformación educativa no podrá hacerse realidad pues requiere de un compromiso financiero fuerte, de una vinculación importante con el mundo empresarial, de una participación muy activa de la comunidad en torno a la escuela, de la superación de conflictos históricos que marcaron el debate educativo en la sociedad industrial como la contradicción público-privado, que ante los desafíos de hoy ya no tienen sentido.

Se requiere también superar de manera positiva las tendencias conservadoras y rutinarias que muchas veces generan reflejos defensivos y corporativos y escasa apertura al cambio en las asociaciones de docentes. Sin duda en estos reflejos pesan de manera importante los problemas de pérdida de

⁹ Fernando Fajnzylber: «Industrialización y desarrollo tecnológico», Informe N 12, División Conjunta CEPAL/ONUDI de Industria y Tecnología, Santiago, 1992, p. 53.

¹⁰ Juan Carlos Tedesco: El nuevo pacto educativo: educación, competitividad y ciudadanía en la sociedad moderna, AlaudaAnaya, Madrid, 1995.

protagonismo de la profesión docente, su consiguiente desmedro económico y social en muchos países y la caída de sus niveles de profesionalización.

Incorporar los educadores al cambio educacional es un elemento fundamental del consenso educativo y pasa por un esfuerzo decisivo por romper todo pacto de mediocridad y fortalecer la profesión docente elevando sus responsabilidades, generando nuevos incentivos, formación permanente y evaluación del mérito.

En definitiva, ante los desafíos de un proceso de globalización que es portador de signos contradictorios, de enormes posibilidades que abren la ciencia y la tecnología y de grandes peligros e inequidades, efectivamente la educación es una gran posibilidad y una esperanza para lograr construir un mundo más próspero y más justo.

Hacia una perspectiva crítica de la modernidad¹¹

Una visión de la modernidad que comprenda a la vez aspiraciones de competitividad y de formación de una moderna ciudadanía, debe tener presente que la educación y el conocimiento son parte inseparable de la identidad cultural de los pueblos. Sobre ellos se asienta la comunidad de lenguaje y el patrimonio común. A través de ellos se transmiten formas y expresan las capacidades creativas de los individuos y las colectividades.

La perspectiva crítica de acceso a la modernidad supone la interdependencia entre una serie de elementos que concurren en un desarrollo integrado, a saber: la institucionalidad y transparencia democrática, el respeto a la diversidad de valores, la tolerancia en lo político pero también en el tejido social, la vigencia y reciprocidad de los derechos entre actores diversos, la apertura hacia el cambio y el rescate del progreso técnico como instrumento para acrecentar la comunicación y promover el bienestar general.

Este enfoque puede vincularse, en términos culturales, a un concepto de modernidad que intenta trascender los límites de la racionalidad instrumental, pero que también quiere romper el bloqueo impuesto por particularismos culturales replegados sobre sí mismos. En este sentido comparte una visión crítica de la modernidad: busca conciliar la libertad individual y la racionalización modernizadora con la pertenencia comunitaria. En esta visión de la modernidad, las identidades particulares no están destinadas a contraponerse con la modernización o transformación productiva. Por el contrario, pueden ser un factor importante para su construcción si logran operar como elemento de movilización consensuada y con vocación democrática.

Para evitar esa contraposición resulta indispensable superar la dialéctica de la negación del otro. Dicha dialéctica se halla largamente arraigada en la historia

¹¹ V. al respecto F. Calderón et al.: ob cit.

de la región. Comienza con el descubrimiento, se prolonga con la conquista, la evangelización y la colonización, y no cede con la transición hacia los Estados republicanos ni tampoco en las dinámicas discontinuas de modernización experimentadas por nuestras sociedades. Esta dialéctica de la negación del otro tiene su fundamento en la negación cultural (de la mujer, el indio, el negro, el pagano, el mestizo, el campesino, el marginal-urbano, etc.), y constituye el cimiento en que a su vez se monta una larga tradición de exclusión socioeconómica y dominación sociopolítica.

La dialéctica de la negación del otro precede a la dialéctica de la exclusión. La negación no se interrumpe: se transmuta. En la historia de la región hay continuidad temporal entre negación y exclusión: los descendientes de los negros que fueron esclavos traídos de Africa, y de los indios que fueron sometidos por la conquista, son hoy, en su mayoría, pobres y marginados (aunque no sean los únicos pobres o marginados). El estigma no se interrumpe ni con las revoluciones de independencia, con la empresas modernizadoras, ni con el Estado de derecho. Esta dialéctica de la negación del otro se extiende en la historia de la región más allá de la discriminación y represión étnicas, proyectándose muchas veces como discriminación cultural, socioeconómica, e incluso político-ideológica.

La asincronía entre una tendencia más lenta en los procesos de integración socioeconómica (promovidos por efecto de la transformación productiva y racionalización social), y una tendencia más intensiva de integración en el nivel simbólico y cultural (por efecto de la apertura política democrática y la industria cultural), podrá constituir, en los próximos años, un importante núcleo temático en la lucha por la ciudadanía en buena parte de las sociedades de la región. Esto plantea la necesidad no sólo de formar recursos humanos en los sectores más bajos para que puedan aumentar su desempeño productivo en la vida adulta, sino también construir desde los cimientos del desarrollo de la vida (en los niños y jóvenes) una conciencia de sí mismos como partícipes de un proceso colectivo de desarrollo. La educación formal y, de manera más general, la difusión de conocimientos y destrezas para asumir los retos de la modernización productiva, constituye hoy, más que nunca, el punto de inflexión en que la negación del otro puede revertirse o afincarse. La llamada «sociedad del conocimiento» hace que la difusión de éste constituya un eje central para la construcción de una ciudadanía donde el *otro* pueda ser un par. Entiéndase aquí la difusión de conocimiento en sentido amplio, a saber: como adquisición de destrezas productivas, de capacidad crítica, de autovaloración en función del propio potencial, de conciencia de sí mismo como ciudadano, de apertura para asimilar información y valores.

Si la sociedad del conocimiento desafía a ampliar nuestra cosmovisión y a abrir nuestra sensibilidad, la presencia del otro debiera constituir un activo potenciador. Si en lugar de negar la identidad del otro, la reconocemos incluso como presente dentro de nosotros, nuestra cosmovisión se expande. El mundo no se nos derrumba si nos abrimos a la identidad-en-la-diferencia, sino que se

enriquece con nuevos contenidos. Esto significa no sólo ampliar nuestra percepción del mundo, sino que también se traduce en efectos prácticos, tales como adecuaciones tecnológicas, conocimiento e información sobre tecnologías disponibles, y asimilación creciente y adecuada de las mismas; o desarrollar vínculos comunitarios que pueden fortalecer la democracia social y enriquecer los lazos de pertenencia y comunicación.

La región de América Latina y el Caribe ha sido desde su fundación un abigarrado tejido intercultural, un recurrente acto de compenetración y de «asimilación activa» de la cultura de la modernidad desde el acervo histórico-cultural propio. El concepto de tejido intercultural incluye tanto la idea de permeabilidad entre culturas y sujetos de distintas culturas, como la idea de coexistencia de distintas temporalidades históricas en el presente de nuestra región. América Latina y el Caribe es, en este sentido, una región con un tejido específico porque combina múltiples corrientes culturales; porque desde sus orígenes ha incorporado el sincretismo como parte de su dinámica cultural e «identitaria»; porque coexiste y se mezcla lo moderno con lo no moderno tanto en su cultura como en su economía; y porque la propia conciencia de la mayoría de los latinoamericanos está poblada de cruces lingüísticos o culturales.

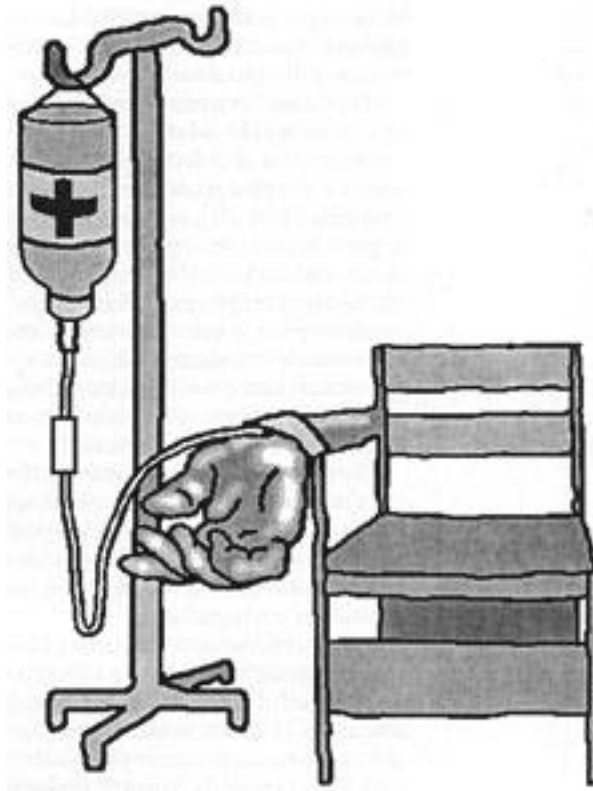
La importancia de esta marca cultural ha sido decisiva en los caminos que la modernidad ha asumido, y seguirá asumiendo, en América Latina y el Caribe. Un equívoco profundo subyace al imaginario de la modernidad en la región. Porque si con tanta frecuencia hemos querido interpretar la modernidad como superación de todo particularismo excluyente o como una suerte de «occidentalización exhaustiva» de nuestra región, con ello hemos dado la espalda al elemento de la modernidad que más se relaciona con nosotros mismos: la capacidad para integrar dinámicamente la diversidad cultural en un orden societal compartido. A partir de esta visión de la modernidad, las identidades particulares no están destinadas necesariamente a contraponerse a la modernización que implica la transformación productiva; por el contrario, pueden ser un factor importante en su construcción al operar como elemento de movilización consensuada, no autoritaria y de extensión democrática. La propuesta de transformación productiva con equidad se vincula entonces con un concepto de modernidad capaz de superar la versión limitada de ella y poseedora de una capacidad integradora.

Una visión crítica de la modernidad rompe con la separación entre razón y sujeto, entre ciencia y conciencia, entre tradición y progreso y busca sus complementariedades e interacciones. Trata de atrapar a la vez la pertenencia a un mismo mundo y la fragmentación y quiebres que nos presenta el mundo actual. Tal como señala Touraine,

Si hubiera que medir la modernidad, habría que hacerlo midiendo la subjetividad aceptada que existe en una sociedad, porque esta subjetivación no es separable de un equilibrio inestable entre dos orientaciones opuestas y complementarias: de un lado, la

racionalización por la que el hombre es dueño y dominador de la naturaleza y de sí mismo, del otro las identidades personales y colectivas que resisten a los poderes que han puesto en obra la racionalización. La técnica creadora de cambio libera al sujeto de la ley de la tribu, la memoria creadora lo protege contra la información. Cada vez que esas tres fuerzas se separan y sobre todo cuando una pretende la hegemonía, el mundo entra en crisis, en enfermedad mortal. Mortal es también el orgullo tecnocrático y militar, mortal es el narcisismo de un sujeto privado de herramientas y de memorias.¹²

La modernidad no puede entonces confundirse con un proceso de modernización; va mucho más allá, supone una visión que concilia la libertad individual y la pertenencia comunitaria y que supera desde la misma modernidad un racionalismo estrecho y se propone producir una sociedad capaz de actuar sobre sí misma y conjugar memoria y progreso, eficiencia, equidad y democracia.



La ilustración acompañó al presente artículo en la edición impresa de la revista

¹² A. Touraine: ob. cit.